

EN TORNO A TAGORE Y GANDHI

Escribe: ENRIQUE MEDINA FLOREZ

Ahora se están cumpliendo los cien primeros años del nacimiento de Tagore (6 de mayo de 1861). Por entonces salía el mundo de la edad de la tracción animal y entraba en la del maquinismo, se oían los primeros voceadores del manifiesto comunista y se consolidaban los imperialismos coloniales. Los continentes formaban una nueva unidad por virtud de la noticia y la comunidad de intereses de clase: entraba el mundo en la era de la unidad cosmopolita. Tagore absorbió ese aire nuevo, lo llevó a su teatro y a su lírica. Sobre la India planeaba el espíritu del resurgimiento nacional en su avatar primario, el religioso. El movimiento "Bramo Samaj" fue vocero de tal inquietud. Dos Tagores, el abuelo y el padre del poeta, dirigieron y militaron en esa vanguardia idealista. Tagore el cantor fue pues un brote nuevo del árbol arcaico del brahmanismo, clase sacerdotal a la que pertenecieron sus antepasados. Mas la cultura inglesa tuvo también sobre él influencia decisiva. Estas, en términos generales, las circunstancias que ambientaron el desarrollo de su mente.⁴

Tagore se nutrió del paisaje bengalí. Calcuta, su ciudad nativa, lo rodea de aquel vaho exuberante, de aquel abigarrado paisaje propio de una urbe donde se mezclan lo arcaico y lo nuevo, razas en eterno ir y retornar; el secular rito ario de los Vedas y el ario impulso que retorna de Europa encarnado en usinas, locomotoras, vistosos desfiles de soldados coloniales de Inglaterra. En la India se ha cerrado el ciclo de las generaciones solares. Tagore cierra e inaugura un nuevo espiral del eterno retorno. Su infancia contemplativa puede absorber el mensaje de la máquina pero aspira también al aura misteriosa de los templos brahmánicos y se llena el oído de la ingenua música de los sufíes, las melopeas de los parsis y la canturiada oración de los derviches. En el corazón de Tagore giran el Oriente y el Occidente, la vieja y la nueva cultura, en torno al eje único de lo humano. El descubre su parentesco con todo lo existente, intuye sus vínculos irrevocables con la especie pero sin renegar de su país. "Se equivocan, dice uno de sus críticos, quienes quisieran ver en Tagore un internacionalista antipatriótico. Amaba a la India profundamente, pero su amor no suponía odio anticristiano a los demás pueblos de la tierra". De esa fusión íntima de culturas, de la superación de esa antítesis de época y tradiciones brotó la maravillosa síntesis espiritual del último profeta bengalí. El expresó este hecho con bellas palabras:

“Occidente es necesario a Oriente. Nos complementamos por nuestros diferentes aspectos de verdad. Aunque el espíritu de occidente se haya abatido sobre nuestros campos como una tempestad, siembra en muchos sitios granos vivientes que son inmortales. Y cuando en la India seamos capaces de asimilar en nuestra vida lo que es permanente en la civilización occidental, estaremos en estado de producir la reconciliación de los grandes mundos”.

En el año de 1867, seis después del de Tagore, nace frente al mar de Omán, al otro extremo de la India, el niño que después llevaría el nombre de Mahatma Gandhi, quien pudo ser árbitro de la paz y la guerra del hambre y de la abundancia. Tagore y Gandhi fueron los polos de la misma fuerza que modeló la India moderna, la acción y la pasión de un mismo espíritu, la política y la poesía de una sola voluntad. Las diferencias tardías que surgieron entre los dos colosos se basaron en puntos de procedimiento, no de finalidad, fueron discrepancias temperamentales, pero no de inteligencia. Gandhi, después de su prueba de fuego en Sur Africa, donde durante los conflictos raciales del siglo pasado demostró su temple de asceta y de héroe, necesitaba dar al pueblo indio la clave de la renuncia. Era necesario romper las coyundas que ataban el Indostán a Inglaterra, coyundas comerciales ante todo. Concibió entonces el Mahatma su política del telar y la cabra “hilad y bebed leche”. Y cuando fue necesario él mismo presidió la ceremonia crematoria de los tejidos ingleses. Hasta tal extremo quiso llevar la norma nacionalista llamada “Swadeshi” concepto que traduce la actitud defensiva del país nativo, rechazo de las manufacturas extranjeras, búsqueda del autoabastecimiento económico. Tagore también sabía que sin romper los nudos mercantiles con Inglaterra no habría independencia espiritual en la India; pero él aconsejaba métodos menos dramáticos y procedimientos más discursivos. Era, en fin, la sensibilidad poética en eterna pugna con la voluntad política. Gandhi y Tagore, a pesar de la discrepancia, se siguieron amando. Quedó una frase del primero en carta al poeta: “Que Tagore trabaje, hile y queme sus ropas extranjeras”. Tagore no quemó sus ropas: privilegio de la poesía fue siempre retar al ascetismo. La poesía no acepta tampoco razones económicas pues si las aceptara se suicidaría en germen ya que poesía es perífrasis, abundancia expresiva, rodeo hermoso. Sin deseo de gastar tiempo en lo superfluo no veríamos nunca la faz de los dioses. Los que lograron verla fueron sublimes ociosos. Pero Gandhi, por sobre toda consideración estética requería el concurso de todas las voluntades para obligar al inglés a reconocer la inferioridad de los fusiles ante las ideas. Entre tanto Tagore con un poema, con un relato, con un breve drama lírico—que en la sustancia la dramática tagoriana es lírica hasta el misticismo—multiplicaba el sentir nacional de los indostánicos. Pero el arte solo, sin la voluntad de poder, no crea una situación histórica. El arte puede cargar el cañón pero el fulminante es hecho y detonado por el político. Esa la razón por la cual Gandhi recogió la siembra espiritual de Tagore, se basó en su previa labor. Pero Tagore se refugió en su nido solitario cuando el conflicto ya no requería cantores sino muerte, lucha, prisiones.

Ahora bien, si de algo vale la consideración sobre el dúo histórico. Tagore-Gandhi es por la presencia de valores psicológicos complementa-

rios. En ciertos momentos la historia no equilibra sus fuerzas sobre el fiel individual, el genio solitario, sino sobre el complejo arquitectónico de la multiplicidad que encarna en dos temperamentos complementarios y espiritualmente unánimes. Hay esquinas históricas para el equipo como las hay para el gran egocéntrico. Bolívar y Napoleón brillan así con su fulgor eléctrico que fulmina en torno todo lo que es mediocre. No resisten la compañía de segundones. La moderna historia de la India nos ofrece el caso contrario, el de la simbiosis genial que señalamos.

Gandhi fue hora tras hora encarnando en creciente la voluntad del pueblo indostánico. Llegó hasta conciliar la vieja pugna entre islámicos e indostánicos. El poder lo obtuvo por el camino de la renunciación. Paradoja ejemplar. Como quería servir a los sufrientes hasta el autoaniquilamiento, los sufrientes lo hicieron su paladín. Sus ayunos tuvieron más efecto que las hambrunas periódicas del Asia. Como demostró capacidad inmensa para la austeridad, los suyos lo hicieron árbitro del pan y la sal. Cuánto sirviera hoy el ejemplo de Tagore y de Gandhi en Latinoamérica: ¡Un líder que ayune y un poeta que hable de Dios, que hable de Dios y viva sus palabras! Tagore llegó a la gran poesía por el único camino que hay para llegar a ella: el Amor. No el erotismo sonetizante ni el donjuanismo romanzado de nuestros parnasos tropicales. Tagore —detalle significativo— hizo con su patrimonio una escuela "Santiniketan" (morada de paz) donde aún van los indostánicos en busca de las lecciones del silencio, la canción de la naturaleza y la tolerancia religiosa. El gran ideal de Tagore fue abolir las castas de su país. El Premio Nobel de Literatura 1913 que le fue otorgado fue invertido totalmente en esa fundación que luchaba contra las castas y los separatismos. Sobre los dos reconstructores de la India ya brilla la inmortalidad.